

LA CRISIS SOVIÉTICA Y SU IMPACTO EN LA POLÍTICA LATINOAMERICANA*

PATRICIO GAJARDO LAGOMARSINO**

Al evaluar el impacto de los cambios políticos vividos por la Unión Soviética en la década de los ochenta, y particularmente luego del fallido golpe de estado del 2 de agosto de 1991, resulta sumamente difícil intentar establecer pronósticos objetivos, pero es evidente que el sistema internacional no será el mismo a contar de esa fecha.

Los latinoamericanos estamos acostumbrados a observar estos hechos como espectadores, porque tenemos muy pocas fórmulas para actuar e intervenir en ellos, pero también es cierto que esta posición en muchos casos ha sido la más cómoda, sin advertir que los cambios en el sistema internacional han establecido nuevas exigencias a los países de la región.

Esta perspectiva hace parte de una forma de entender nuestro rol en el sistema internacional, el cual muchas veces no corresponde a los cambios, que en él se han vivido.

Asumiendo el diagnóstico de Celso Lafer podemos señalar que esta posición se hace parte de un proceso natural, que se expresa en un divorcio frecuente entre orden y poder. Es decir, al intentar evaluar el impacto específico de las reformas soviéticas, nos enfrentaremos necesariamente a una tensión entre las estructuras de poder existentes y los cambios en el orden internacional (1).

*Colaboró en este trabajo Gladys Zurita, Magister (c) en Ciencia Política, Universidad de Chile.

**Profesor de Ciencia Política y Relaciones Internacionales del Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile. Magister en Estudios Internacionales, Universidad de Chile. Postgraduado en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Brasilia.

(1) Herald Muñoz, *El escenario mundial hacia el año 2000*. En Revista Estudios Internacionales, Instituto de Estudios Internacionales, Universidad de Chile. Santiago, N° 81, enero-marzo 1988, página 4.

Es decir, si observamos el sistema internacional contemporáneo, podremos percibir una estructura de poder bastante diversificada, y un orden internacional con su correspondiente base intelectual, que se ha mantenido casi inalterado desde los primeros años de la Segunda Guerra Mundial, y que refleja situaciones de poder existentes en esa época, pero que actualmente se han superado. Sin embargo, esto no se expresa en los cambios de estructura a medida que éstos son procesos de largo aliento.

En definitiva, seguimos percibiendo al mundo de manera bipolar, aunque los cambios que se han evidenciado en él, se orientan hacia una multipolaridad. Las estructuras como centro periferia, integran y desintegran, definen y redefinen las posiciones de los distintos actores, sin reflejar los cambios en el sistema internacional.

Heraldo Muñoz nos señala que esto se puede explicar en la medida que éstos son productos de las tensiones endógenas del orden existente, así como de aquellas que emanan de un diseño de un orden mundial contrapuesto (2). Los cambios del orden mundial, entonces, no pueden ser simplemente acordados en una mesa de negociaciones desde una conferencia cumbre entre las principales potencias, sino que más bien son el fruto de las presiones acumuladas sobre el orden mundial preexistente.

Ahora bien, ¿cuáles son las características de este cambio? Ciertamente la respuesta a esta pregunta resulta ser fundamental en la medida, que sólo a través de una apreciación objetiva del proceso tendremos la capacidad de evaluar su impacto.

Al respecto existen opiniones diferentes, que van desde un Francis Fukuyama que diagnostica que estamos viviendo en el mundo la muerte del socialismo como doctrina viable, el triunfo del liberalismo y en definitiva el fin de la historia (3) y por otra parte un Gorbachev que sustentó su plan de reforma en los inicios de la "perestroika" en los ataques al modelo administrativo stalinista, partiendo de la base que los principios de justicia social como base del socialismo se mantendrían a pesar, y más bien dicho en virtud de los cambios. Recordemos que el propio Gorbachev ante el V Consejo de Europa en Estrasburgo indicó expresamente que las reformas en los países

(2) *Op. cit.*, página 6.

(3) Francis Fukuyama, *¿El fin de la historia?* En Estudios Públicos N° 37, Santiago, verano 1990, páginas 5-31.

socialistas no van a conducir al derrocamiento del socialismo, sino a su renovación (4).

Sin entrar en extenso en este largo debate, por que no constituye el objetivo de este análisis, lo que sí tenemos claro es que el orden internacional está cambiando hacia uno particularmente distinto, al que predominó desde el término de la Segunda Guerra Mundial hasta fines de la década de los ochenta.

Y este cambio, lo percibimos en la manera de hacer política, de relacionarnos y de enfrentarnos al problema del poder. Es decir a través de un proceso de racionalización de la política, como nos diría Germani y se caracteriza por el abandono de las propuestas ideológicas, y la imposición del pragmatismo (5). Como también por el aumento de la interdependencia, lo que supone una mayor repercusión de los acontecimientos en los distintos actores que componen el sistema internacional (6).

Sin embargo, no resulta suficiente asumir estos cambios como un resultado, sino que también es una exigencia por el estilo de desarrollo que se está imponiendo en el mundo, el cual exige de las naciones, avances en materia científica, de información y tecnología, si se pretende asumir un rol activo en la política mundial.

Por otro lado, la racionalización de la política internacional, exige de los actores internacionales un cambio de conducta, la que se expresa en la necesidad de reemplazar una política exterior que se orientó básicamente hacia el conflicto, por una que plantea como propuesta básica la cooperación. Concepto que podemos definir como la obligación de coordinar políticas entre potencias que presenta conflictos de intereses, con el fin de estar cada una en condiciones de alcanzar sus propios objetivos.

El abandono de los criterios ideológicos, y el consiguiente reemplazo por la búsqueda de intereses conjuntos ha redundado en el logro de acuerdos

-
- (4) Cynthia Roberts y Elizabeth Wishnick, *¿La Ideología ha muerto! ¿Viva la ideología?* En Problemas Internacionales, traducción de "Problems of Communism", Washington D.C., noviembre-diciembre 1989, pág. 70. Extraído del discurso de Gorbachev en Estrasburgo ante el Consejo de la Asamblea Parlamentaria de Europa, publicado en Pravda, Jul 7, 1989.
 - (5) Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1971.
 - (6) Juan Gabriel Tokatlian y Rodrigo Pardo, *La Teoría de la interdependencia: ¿Un paradigma alternativo al realismo?* En Revista Estudios Internacionales, Santiago de Chile N° 91, julio-septiembre 1990, pág. 346.

y resoluciones de conflictos que se arrastraban por años; basta citar Afganistán, Angola, la Unificación Alemana y los procesos que han vivido los países de Europa Oriental.

Esto, indirectamente, ha implicado una crisis ideológica, más aún si asumimos la posición de Zbigniew Brzezinski al respecto, quien identifica tres componentes básicos de la ideología marxista "supuestos filosóficos, conceptos doctrinarios y un programa de acción que dimana de la doctrina y está basado en esos supuestos ideológicos" (7). De ahí que la propuesta de Gorbachev de reorientar la política exterior hacia un pragmatismo, implica necesariamente abandonar la pretensión de erigirse como monopolio exclusivo de la verdad, y sentirse poseedores de la única llave del progreso humano.

Esto llevó necesariamente a otorgarle primacía a otros aspectos de la política exterior, y que se puede advertir en los requisitos que supone la búsqueda de cooperación internacional. Philippe Schmitter nos señala que la coordinación de políticas entre actores independientes, se puede alcanzar a través de encuentros episódicos, acciones convergentes, juegos reiterativos o confianza personal (8). Aspectos que ciertamente Gorbachev ha sabido manejar con maestría.

Con respecto a América Latina, debemos señalar que en nuestra región la orientación al pragmatismo también ha sido una constante, la que deviene básicamente por las crisis económicas y políticas profundas que han vivido nuestros países durante las últimas décadas. Sin embargo, a esto debemos sumar un impacto ideológico, la crisis de la propuesta marxista que implica necesariamente la disminución de alternativas, el fin de los paradigmas, especialmente identificados en la opción cubana o soviética de desarrollo. Procesos que tienen ciertamente un fuerte efecto en la elite intelectual de la región, que comprueba el cuestionamiento y crisis de la experiencia socialista.

Esto no implica necesariamente la muerte del socialismo en nuestra región, muy por el contrario, puede producir como nos lo señala Gorbachev una necesaria renovación del mismo, el que opta definitivamente por revalorizar la democracia, y asumir con criterios pragmáticos los principios económicos. Este hecho también debería tener un efecto en la derecha latinoamericana.

(7) Zbigniew Brzezinski, *El gran fracaso*, Buenos Aires, Argentina, Javier Vergara Editor S.A., 1989, pág. 63.

(8) Philippe Schmitter, *Idealismo, cambio de régimen y cooperación regional o lecciones del Cono Sur de América Latina*. En *Estudios Internacionales* v. 22 N° 85, páginas 78-130.

mericana en la medida que concluyó la posibilidad de continuar vigente a través de una propuesta defensiva, sin un desarrollo en el plano de las ideas. El abandono de la viabilidad de una opción autoritaria terminará produciendo un acercamiento de las posiciones políticas.

Frente a todos estos acontecimientos es indispensable que América Latina asuma un rol más protagónico, que evalúe las características de los principios que ahora resultan indispensables para asumir con éxito una posición internacional. No debemos continuar atados a las estructuras de poder existente, sino que incorporarnos con habilidad al sistema internacional, lo que implica necesariamente que el mundo bipolar e ideológico al que estábamos acostumbrados ha concluido, que dependerá de nosotros aprovechar esta nueva situación concibiendo, evaluando y considerando todos los aspectos que constituyen los requisitos de un orden internacional sustentado en la cooperación.

De ahí, que resulta de vital importancia medir el impacto que ha tenido en la agenda de las políticas exteriores de América Latina el término de la guerra fría.

Al respecto, Heraldo Muñoz realiza un aporte interesante al llevar a cabo un examen de los estudios efectuados, sobre las relaciones exteriores de los países de nuestra región, y establecer tres tópicos que resultan ser recurrentes: la búsqueda de autonomía nacional y regional, la necesidad de promover el desarrollo, y la crucial importancia que tiene los Estados Unidos para los países latinoamericanos (9).

Sin embargo, no basta con quedarse con esta apreciación, en la medida que no es suficiente detenerse en los temas que resultan relevantes, sino que es importante considerar cómo los cambios que ha vivido el sistema internacional han modificado la naturaleza de dichos temas.

Con respecto a la autonomía, Muñoz supone la existencia de una situación de autonomía limitada, atribuible a una "inserción dependiente en la economía política mundial" (10). Si bien dicha afirmación resulta obvia, más aún luego de la crisis de la deuda en la década de los ochenta, vale la pena plantearse hasta qué punto el tener más o menos autonomía resulta relevante

(9) Heraldo Muñoz: *El estudio de las políticas exteriores latinoamericanas: Temas y enfoques dominantes*. Revista de Estudios Internacionales N° 80, octubre-diciembre 1987, pág. 408.

(10) *Ibid.*, pág. 408.

en un sistema económico cada vez más interdependiente. Más aún si consideramos dicha autonomía como la capacidad de ejercer poder mediante la regulación del sistema económico mundial (11).

Más aún, si luego de los cambios en los países de Europa Oriental, la disminución de las tensiones entre las dos superpotencias y las reformas económicas que se llevan a cabo, en estos países, se ha legitimado la idea que el desarrollo pasa por la capacidad que se demuestra para incorporarse a los beneficios que implica una economía, cada vez más integrada al comercio mundial.

La autonomía estaría dada entonces por la capacidad de "acoplamiento" o desacoplamiento que tenga un país con respecto a los bloques económicos, más aún si en forma creciente los intercambios comerciales tienden a darse de esa forma, en desmedro de los postulados multilateralistas.

Resulta evidente la generación de grandes conglomerados geoeconómicos: por una parte todas las economías que tienen a Japón como referente, el bloque americano y canadiense que se proyecta sobre México y el Caribe; y la comunidad Europea, que refleja el mayor nivel de institucionalización a través del plan de integración para 1993 (12).

Frente a esta nueva realidad, resulta evidente que la autonomía no pasa necesariamente por el requisito de tener mayor o menor poder, sino más bien por la capacidad de un país o un grupo de países de ser más o menos competitivos.

En este aspecto, los pasos van por el camino correcto si consideramos el resurgimiento de las democracias en nuestros países, y el abandono sistemático de políticas populistas en materia económica.

Sobre la necesidad de promover el desarrollo, temática particularmente importante para los países de América Latina, más aún luego de la crisis de la deuda que fue el problema central de la década de los ochenta, y lo sigue siendo al menos para la mayoría de los países latinoamericanos, resulta claro

(11) Sergio Bitar, *La desconcertante recuperación de la hegemonía de Estados Unidos*. En "Una nueva era de hegemonía norteamericana". Edición preparada por Luis Maira, de Buenos Aires, Argentina, Grupo Editor Latinoamericano, 1986.

(12) Carlos Pérez Llama, *Los noventa una nueva agenda internacional para una nueva década*, Santiago, Chile. En *Revista de Estudios Internacionales del Instituto de Estudios Internacionales* N° 91, julio-septiembre 1990, pág. 392.

que las reformas en los países socialistas y en particular en la Unión Soviética han contribuido a disminuir el debate ideológico con respecto a las alternativas de desarrollo posibles.

Situación que es relevante, en una región como la nuestra, en la cual la búsqueda de una alternativa intermedia entre una opción liberal de mercado y una economía centralmente planificada ha sido una permanente promesa de las elites gobernantes y un factor de legitimación de las mismas. Si a esto le sumamos la pérdida de atractivo, por este mismo proceso, de la revolución cubana y el fracaso de la opción sandinista, nos encontramos con un alto nivel de coincidencia en cuanto a las opciones de desarrollo que se deben seguir. Y ésta se traduce básicamente, en la búsqueda de un concepto integral, que vinculado a una perspectiva pragmática de modernidad, se traduce en los intentos de consolidación de una opción de mercado en lo económico, con un fuerte énfasis en la iniciativa privada, y un régimen político, democrático, participativo e institucionalizado que permita periódicamente de manera libre la elección de autoridades y la competencia legítima.

En muchos países de la región esta propuesta resulta particularmente difícil de alcanzar dado los altos niveles de corrupción de la administración pública, la falta de instituciones sólidas que permitan solventar el régimen democrático y dar estabilidad a las opciones económicas que se apliquen, como a su vez la debilidad de los partidos políticos para canalizar y representar las distintas demandas sociales. Sin embargo, lo que resulta cierto es que los años ochenta, que han sido considerados por muchos economistas como una década perdida, debido a la falta de crecimiento en la región, ha sido también gestora de cambios estructurales que propiciaron y avalaron las transiciones a la democracia de casi todos los países de la región, y definió las opciones de desarrollo en virtud de la búsqueda de una inserción relevante en la economía mundial.

El término de la guerra fría sólo ha venido a avalar esta situación, permitiendo que los países que han sido más exitosos en este proceso adquieran de hecho una situación de privilegio como modelo de desarrollo. Al respecto se destaca Chile, luego de las elecciones de 1989, que le permite al país que había sido más audaz en sus reformas económicas en la década del setenta y del ochenta reinstaurar su democracia, y por otro lado México que con Carlos Salinas de Gortari opta definitivamente por una transformación estructural de su economía. Sigue faltando, eso sí, una reforma política con el mismo nivel de profundidad.

Con respecto al tercer tema que nos preocupa, es decir la relevancia y hegemonía de los Estados Unidos en la región, vale la pena preguntarse: ¿Qué entendemos por hegemonía en este nuevo orden internacional que ha nacido luego del término de la guerra fría? ¿Y hasta qué punto dicha hegemonía se opone a nuestras opciones de desarrollo?

Resulta indispensable señalar que ciertamente el problema de la hegemonía norteamericana ha sido un tema recurrente de nuestros internacionalistas que han atado la capacidad de autonomía regional y nacional a la presencia dominante o a la decadencia de los Estados Unidos en la zona. De ahí, que lo que resultaba relevante era determinar si el poder norteamericano está en ascenso o en descenso porque a partir de dicho diagnóstico se debía medir la mayor o menor capacidad de definir nuestras propias políticas.

Como nos señala Muñoz, al decir que las opiniones discrepantes van desde las visiones imperialistas clásicas hasta la tesis de la hegemonía declinante (13) nos está afirmando que la percepción de la presencia hegemónica de los Estados Unidos fue siempre percibida como una relación en oposición de intereses entre dicha nación y la región latinoamericana.

Si asumimos el diagnóstico que efectivamente los Estados Unidos ejerce una hegemonía, no sólo en nuestra región, sino que en todo el mundo, dado que es la única potencia que puede normar el sistema internacional, ya que combina en estos momentos, de manera exclusiva, la capacidad militar y la potencialidad económica para definir las orientaciones del sistema internacional (14), estamos reconociendo uno de los fenómenos decisivos de este nuevo orden internacional: en estos momentos, y posiblemente en varios años más la presencia norteamericana va a ser incontrarrestable. Quizás surgirán en el futuro potencias que puedan cambiar la dimensión económica y militar, lo que no implica necesariamente que renacerá un sistema internacional basado en el conflicto, en la medida que esa situación no estaba dada por esa capacidad, sino más bien por razones ideológicas.

Sin embargo, lo que resulta relevante para América Latina es medir el grado de coincidencia de nuestros intereses con los intereses de la potencia hegemónica. Más aún cuando podemos definir esa condición como la capacidad de una potencia de imponer sus criterios con otros actores del sistema

(13) *Op. cit.*, Heraldo Muñoz, pág. 420.

(14) *Op. cit.*, Sergio Bitar, págs. 131-132.

internacional, y de permitir niveles de autonomía en la acción externa siempre y cuando dichas acciones no se opongan a los intereses de la superpotencia.

Sin embargo, esta situación dada, y que será de alguna manera determinante durante algunos años en este nuevo orden internacional, no implica necesariamente que se impondrá una relación conflictual con los Estados Unidos. Muy por el contrario, todo indica que cada país se acerca más a los intereses norteamericanos y latinoamericanos, asumiendo que estos últimos han optado por un esquema de desarrollo que conjuga la economía de mercado con la democracia representativa.

El debate se ha trasladado de las alianzas militares a los acuerdos comerciales, lo que no implica la prescindencia de los factores políticos en las relaciones internacionales. Factores como el poder, la consolidación de los sistemas democráticos, la generación de mayores instancias de participación serán desafíos importantes para nuestras sociedades, pero lo cierto es que la búsqueda de alternativas tendrá en esta década, una naturaleza totalmente distinta.